



Kim Thúy
EM
PERIFÉRICA

COMIENZA A LEER...

KIM
THÚY



Un principio de verdad

La guerra, de nuevo. En todas las zonas de conflicto, el bien se cuela y encuentra un sitio hasta en las propias fisuras del mal. La traición culmina el heroísmo, el amor flirtea con el abandono. Los enemigos avanzan unos hacia otros con un único y mismo objetivo: vencer. En ese ejercicio común, el humano revelará a la vez su fuerza, su locura, su cobardía, su lealtad, su grandeza, su tosquedad, su inocencia, su ignorancia, su religiosidad, su crueldad, su valentía... Por eso, la guerra. De nuevo.

Voy a contaros la verdad, o al menos historias verdaderas, pero de forma parcial, incompleta, aproximada, porque me resulta imposible restituir los matices del azul del cielo cuando el marine Rob leía una carta de su amada mientras que, en ese mismo instante, el rebelde Vinh escribía la suya durante un momento de tregua, de falsa calma. ¿Era un pálido azul maya o más bien un cerúleo azul Francia? ¿Cuántos kilos de harina de mandioca había en el recipiente en el que el soldado John descubrió la lista de insurgentes? ¿Estaba recién molida la harina? ¿A qué temperatura estaba el agua cuando arrojaron al señor Út al fondo del pozo antes de que el sargento Peter lo quemase vivo con el lanzallamas? ¿Cuánto pesaba el señor Út: la mitad que Peter o bien dos tercios? ¿Fue la comezón de las picaduras de mosquito la que desquició a Peter?

Durante noches enteras, intenté imaginar los andares de Travis, la timidez de Hoa, el temor de Nick, la desesperación de Tuân, las heridas de bala de unos y las victorias de los otros en el bosque, en la ciudad, bajo la lluvia, en el fango... Cada noche, al ritmo de los hielos que caían en la cubitera de mi congelador, mis investigaciones me revelaron que mi imaginación no conseguiría jamás concebir toda la realidad. En un testimonio, un soldado recuerda haber visto al enemigo corriendo con brío

hacia un tanque llevando al hombro un fusil M67 de 1,30 metros de largo y diecisiete kilos de peso. El soldado tenía ante él a un hombre dispuesto a morir por matar a sus enemigos, dispuesto a morir matando, dispuesto a darle el triunfo a la muerte. ¿Cómo imaginarse dicha abnegación, dicha adhesión incondicional a una causa?

¿Cómo imaginar siquiera que una madre pueda transportar a sus dos hijos pequeños por la jungla durante centenares de kilómetros, dejando al primero atado a una rama para protegerlo de los animales mientras traslada al segundo, lo deja atado a su vez y vuelve al primero para repetir el mismo recorrido con él? Sin embargo, esa mujer me contó la travesía con su voz de luchadora de noventa y dos años. A pesar de nuestras seis horas de conversación, siguen faltándome mil detalles. Olvidé preguntarle dónde encontró las cuerdas y si sus hijos siguen teniendo marcas de las ataduras en el cuerpo. Quién sabe si esos recuerdos se habrán borrado para dejar paso a uno solo: el sabor de los tubérculos salvajes que había masticado previamente para alimentar a sus hijos. Quién sabe...

Si se os encoge el corazón al leer estas historias de locura previsible, de amor inesperado o de heroísmo ordinario, pensad que toda la verdad muy probablemente os habría provocado, o bien un paro cardíaco, o bien un acceso de euforia. En este libro, la verdad aparece fragmentada, incompleta, inconclusa en el tiempo y en el espacio. Entonces, ¿sigue siendo la verdad? La respuesta la dejo a vuestra elección: será el eco de vuestra propia historia, de vuestra propia verdad. Mientras tanto, en las palabras que siguen os prometo cierto orden en las emociones y un desorden inevitable en los sentimientos.

EMMA-JADE

Emma-Jade salta a la pata coja de un huso horario a otro, como en el juego de la rayuela. Los sobrevuela sin contarlos. A menudo vive jornadas de treinta horas en las que da saltos por el tiempo: su reloj puede indicar la misma hora en más de una ocasión. Dichas carreras le permiten maravillarse varias veces en el mismo año ante los magnolios en flor. En un único otoño, recoge y compara las hojas de arce caídas en Bremen, en Kioto y en Mineápolis.

Es una de esas personas que han fomentado que los aeropuertos se transformen en hábitats. Ya no resulta extraño encontrar en ellos un piano de cola y un pianista que toca con el mismo desencanto a Beethoven y a Céline Dion, un poco por darle caché a las hamburguesas y los *sushis* servidos en bandejas de plástico. Algunos aeropuertos ponen a disposición de los viajeros bibliotecas bañadas en una luz cálida y capillas tranquilas para que los creyentes conversen con los dioses antes de quedar en manos de la tecnología una vez que embarquen. Algunas terminales colocan *chaise-longues* ante unas colosales ventanas inundadas de sol o unos sillones de masaje delante de paredes gigantes tapizadas de frondosas plantas, originarias de los cinco continentes, cuyas raíces y brotes se enlazan entre sí: helechos de Asia, begonias de América del Sur y violetas africanas crecen codo a codo con alegría y exuberancia, y tranquilizan a los viajeros al procurarles contacto con el mundo exterior. En medio de los interminables pasillos surgen islotes de restaurantes como si fueran oasis. La geografía culinaria no respeta ya ningún mapa. Las aceitunas marinadas se hallan a tiro de piedra del salmón nórdico, mientras que el *pad thai* le hace competencia al *fish and chips* y al bocadillo de jamón con mantequilla.

Los más elegantes ofrecen caviar y champán. De ese modo cualquiera puede celebrar a solas su cumpleaños entre burbujas y viajeros de paso.

Hay que tener la vista entrenada para identificar a Emma-Jade en medio de la multitud. Siempre lleva el mismo jersey gris de cachemira, una lana a la vez ligera y cálida. En el cajón, tres jerséis iguales esperan para sustituir a aquel cuyos puntos cedan a la fricción de las bandoleras y al peso de los kilómetros acumulados. Ese jersey la cubre y la protege de los asientos marcados por los cuerpos ajenos que la han precedido. Es su refugio, su casa itinerante.

Como de costumbre, come algo antes de embarcar para dormir mejor en cuanto toma asiento, antes del desfase, antes de que la invada el olor de la señora que se ha probado más perfumes de la cuenta en las tiendas libres de impuestos y el del señor que ha atravesado corriendo dos terminales con un abrigo excesivamente grueso.

EMMA-JADE Y LOUIS

Ese día Louis es el primer pasajero en ponerse en pie para plantarse en la puerta de embarque. Lleva el uniforme de los viajeros profesionales: maleta gris acero, pantalón antracita, chaqueta negra ligera, plegable y ceñida. Todo es de color oscuro, discreto, casi invisible. En un abrir y cerrar de ojos, Emma-Jade se ha dado cuenta de que Louis saludaría cortésmente a sus vecinos para guardar las distancias y evitar una posible conversación. Al igual que ella, él duerme con tanta frecuencia por encima de las nubes como por debajo. Al igual que él, ella dormita con tanta comodidad sentada en el exiguo espacio de los asientos numerados como acostada en habitaciones con puertas identificadas.

Emma-Jade se precipita para colocarse la segunda en la fila, detrás de él. Ve que Louis lleva el pasaporte abierto ya por la página correspondiente, cosa que indica que sabrá colocar correctamente la maleta en el compartimento sin estorbar el paso.

CAUCHO

El oro blanco brota de las sangrías efectuadas a las heveas. Durante siglos los mayas, los aztecas y los pueblos amazónicos recogieron ese líquido para confeccionar zapatos, tejidos impermeables y globos. En un principio, cuando los exploradores europeos descubrieron dicho material, lo usaron para fabricar las bandas elásticas que sujetaban los ligeros. En los albores del siglo xx, la demanda aumentaba al ritmo fulgurante de los automóviles que transformaban el paisaje. A continuación, la necesidad se hizo tan perentoria e imperiosa que hubo que producir látex sintético, material que cubre el setenta por ciento de nuestras necesidades actuales. A pesar de todos los esfuerzos realizados en los laboratorios, únicamente el látex puro, cuyo nombre significa «las lágrimas (*caa*) del árbol (*ochu*)», resiste la aceleración, la presión y la oscilación térmica a la que se someten los neumáticos de un avión y las juntas de los transbordadores espaciales. Cuanto más acelera el ritmo el ser humano, más exige un látex producido de forma natural, a la velocidad de la rotación de la Tierra alrededor del sol, conforme a los eclipses lunares.

Gracias a su elasticidad, a su resistencia y a su impermeabilidad, el látex natural nos envuelve ciertas extremidades como si fuese una segunda piel con el fin de protegernos de las secuelas del deseo. Durante la guerra franco-prusiana de 1870 y el año siguiente, la tasa de enfermedades de transmisión sexual entre las tropas había pasado de ser de menos de un cuatro por ciento a más de un setenta y cinco, algo que *a posteriori*, durante la Primera Guerra Mundial, empujaría al Gobierno alemán a dar prioridad a la fabricación de preservativos para proteger a los soldados, a despecho de la acuciante escasez de caucho.

En efecto, las balas matan, pero quizás el deseo también.

ALEXANDRE

Alexandre era muy ducho en la disciplina que había que imponer a sus seis mil culis andrajosos. Los obreros sabían mejor que él cómo hendir con el hacha de mano el tronco de las heveas, con una inclinación de cuarenta y cinco grados con respecto a la vertical, para que brotasen las primeras lágrimas. Eran más rápidos que él a la hora de colocar los cuencos hechos con cáscaras de coco que debían recoger las gotas de látex amontonadas en el ángulo inferior de la herida. Alexandre dependía de su tenacidad, aunque sabía que sus empleados aprovechaban la noche para murmurar y acordar la manera de rebelarse, primero contra Francia, después contra él y contra los Estados Unidos a través de él. Durante el día tenía que negociar con el Ejército estadounidense el número de árboles que había que derribar para dar paso a camiones, todoterrenos y tanques a cambio de protección contra la pulverización de herbicidas.

Los culis sabían que las heveas valían más que sus vidas. Así pues, fuesen empleados, rebeldes o ambas cosas, se escondían bajo el generoso dosel que formaban los árboles aún indemnes. Alexandre disimulaba bajo su traje de lino crudo la angustia que lo atenazaba: despertar en medio de la noche para encontrarse el espectáculo de su plantación incendiada. Dominaba su miedo a que lo asesinaran mientras dormía rodeándose de sirvientes y de muchachas, sus *con gái*.

Cuando el precio del caucho registraba bajas o cuando los camiones que transportaban los fardos de caucho caían en alguna emboscada camino del puerto, Alexandre recorría las filas de árboles en busca de una mano de dedos finos capaz de relajar su puño, una lengua dócil capaz de aflojar sus dientes apretados, una entrepierna estrecha capaz de contener su rabia.

A pesar de ser analfabetos y de no saber viajar ni en sueños más allá de las fronteras de Vietnam, la mayoría de los culis habían comprendido que el caucho sintético ganaba terreno en otros lugares del mundo. Albergaban los mismos temores que Alexandre, cosa que incitaba a muchos de ellos a abandonar la plantación y labrarse un porvenir en la ciudad, en aquellos grandes centros en los que la presencia de los estadounidenses, que pronto serían decenas de miles, creaba nuevas posibilidades, nuevas formas de vivir y de morir. Algunos se reinventarían siendo vendedores de carne enlatada SPAM, de gafas de sol o de granadas. Los que mostraban aptitudes para captar con rapidez la musicalidad de la lengua inglesa se convertirían en intérpretes. Los más temerarios, por su parte, elegirían desaparecer bajo los túneles excavados bajo los pies de los soldados estadounidenses. Morirían siendo agentes dobles, entre dos líneas de fuego o a cuatro metros bajo tierra, despedazados por las bombas o carcomidos por las larvas que se les incrustaban bajo la piel.

El día en que Alexandre se dio cuenta de que las pulverizaciones de agente naranja en los bosques vecinos habían envenenado un cuarto de los árboles de su plantación y que un comando de la resistencia comunista había degollado a su capataz mientras dormía, soltó un aullido.

Se desahogó con Mai, que se encontraba en su camino: un camino entre la ira y el desánimo.

MAI

En tiempos de la colonización, Francia consideró que Indochina, y Vietnam con ella, era, más que un asentamiento, una zona de explotación económica. Consiguió entrar en la carrera del caucho plantando heveas. Hacía falta mucha voluntad para mantener allí, en medio de los matorrales, a grupos de obreros agrícolas arrancando los rizomas de los bosques de bambú, profundamente arraigados en el suelo, y a continuación plantando heveas para más adelante recoger su savia día tras día. Cada gota de látex obtenida valía la gota de sangre o de sudor que se había derramado. Las heveas podían dejarse sangrar durante veinticinco o treinta años, mientras que uno de cada cuatro de los ochenta mil culis enviados a las plantaciones caía mucho antes. Esos millares de muertos siguen preguntándose en medio del rumor de las hojas, del murmullo de las ramas y del soplo del viento por qué se dejaron la vida sustituyendo su selva tropical por árboles llegados de la Amazonia, por qué tuvieron que mutilarlos, por qué llevaban las riendas unos extranjeros, aquellos hombres altos de mejillas pálidas y piel peluda que no se parecían en nada a sus ancestros, de cuerpo huesudo y cabellos color ébano.

Mai tenía la piel cobriza de los culis, y Alexandre, la postura del propietario, rey de sus dominios. Alexandre se encontró con Mai dominado por la ira. Mai se encontró con Alexandre dominada por el odio.

CULI

Esta palabra se usaba en muchos países de los cinco continentes desde el siglo anterior. Designaba ante todo a los obreros procedentes de China y de la India, transportados por los mismos capitanes y en los mismos barcos que los esclavos en su momento.

Una vez llegados a su destino, los culis trabajaban como bestias en las plantaciones de azúcar, en el interior de las minas o en la construcción de ferrocarriles, y a menudo morían antes de que finalizase su contrato de cinco años, sin llegar a percibir el salario prometido y soñado. Las empresas que se encargaban de la trata aceptaban de antemano que el veinte, treinta o cuarenta por ciento de los *lotes* pereciesen durante el viaje por mar. Los indios y los chinos que sobrevivieron más allá de su contrato en las colonias británicas, francesas y neerlandesas se instalaron en las Seychelles, en Trinidad y Tobago, en las islas Fiyi, en Barbados, en Guadalupe, en Martinica, en Canadá, en Australia, en los Estados Unidos... Antes de la Revolución cubana, el mayor barrio chino de América Latina se encontraba en La Habana.

A diferencia de los culis indios, entre cuyas filas se contaban algunas mujeres que huían de maridos maltratadores o de situaciones extremas, los culis chinos eran sólo varones: las chinas no habían mordido el anzuelo. Los chinos desterrados a aquellas colonias lejanas, sin posibilidad de regreso a su país natal, se consolaron en brazos de las lugareñas. Todos los que resistieron al suicidio, la malnutrición y los malos tratos se organizaron para publicar periódicos, crear clubes y abrir restaurantes. Gracias a la dispersión de esos hombres, el arroz salteado, la salsa de soja y la sopa *wonton* se hicieron mundialmente famosos.

En cuanto a los culis indios, tenían una oportunidad entre tres de cortejar a una india que también se hubiese marchado a la aventura, cosa que alteró el estatus femenino y la distinción entre castas. Ellas estaban en posición de elegir e incluso de recibir una dote en lugar de aportarla. Este nuevo poder sembró entre los hombres el temor a quedarse sin esposa o a perderla. Se sentían amenazados por los vecinos, los transeúntes y por las propias mujeres. Algunos encerraron a sus esposas en casa a cal y canto, otros las ataban con cuerdas como quien pone una cinta en un paquete de regalo. El poder de las mujeres, confrontado al miedo de los hombres, desencadena la muerte, la fatalidad.

Los esclavos y los culis chinos e indios estaban fuera de su entorno natural, mientras que los culis vietnamitas se quedaron en su tierra en condiciones parecidas, impuestas por colonos expatriados.

ALEXANDRE Y MAI

A Mai le habían encomendado la misión de infiltrarse en la plantación de Alexandre. Se alegraba de poder salvar unos cuantos árboles cada día; les hacía una incisión profunda y de ese modo impedía que la savia volviese a brotar, a sangrar de nuevo para el propietario. Mai se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana para demostrar su amor patriótico destruyendo al amo Alexandre al infligir a su propiedad una muerte a fuego lento: un árbol cada vez, una incisión cada vez, al estilo de los emperadores chinos. *Death by a thousand cuts*.

Su amor por Alexandre puso fin a su misión.

Alexandre arrastró a Mai del pelo hasta su habitación. Le ordenó que hiciera los gestos habituales de sus *con gái*. Mai no sólo se negó, sino que, hacha en mano, se abalanzó sobre él dispuesta a cercenarle la garganta a cuarenta y cinco grados con respecto a la vertical.

Mai tenía intención de matar a Alexandre o, por lo menos, de expulsarlo del territorio y después del país. Alexandre era perro viejo: lo habían endurecido la riqueza del látex, las picaduras de las hormigas rojas y las brisas tórridas que quemaban su piel de galo.

Ella había esperado aquel momento desde su entrada en la plantación. Animada por el deseo de matar, de vengar a su pueblo, se precipitó hacia los ojos de Alexandre, dos bolas de jade. La calma de su mirada desestabilizó a Mai; su impulso incendiario se detuvo en seco ante la impresión repentina de regresar a su ciudad natal, al verde sereno y denso de la bahía de Ha Long. Alexandre, por su parte, profundamente cansado de que nadie lo amara, se abandonó a la espera de un largo descanso, el final del combate centenario que se perpetuaba en aquella tierra extranjera y que la fuerza de las circunstancias había convertido en la suya.

Si la historia de amor entre Mai y Alexandre hubiese llegado a oídos de algún investigador, quizás el síndrome de Estocolmo habría recibido el nombre de Tây Ninh, Bêñ Cui, Xa Cam... Mai, adolescente decidida, poseída por la misión que se le había asignado, no supo desconfiar del amor y sus sinsentidos. No sabía que los impulsos del corazón pueden deslumbrar más que un sol de mediodía, sin aviso ni lógica. El amor, como la muerte, no necesita llamar dos veces para hacerse oír.

En aquel entonces, el flechazo convertido en amor entre Mai y Alexandre encontró opiniones divididas en el entorno de ambos. Los soñadores idealistas y románticos querían ver en él la posibilidad de un mundo mejor, simbiótico, entretejido. Los realistas y los comprometidos condenaban su despreocupación, mejor dicho, la imprudencia de difuminar los límites invirtiendo los papeles.

En ese lugar de proximidad y de rivalidad, el nacimiento de Tâm, hija del propietario y su obrera, de dos enemigos, tenía sin embargo algo de corriente, de cotidiano.

TÂM, ALEXANDRE Y MAI

En el nido tierno y protector que le ofrecía su pequeña familia, Tâm crece entre el privilegio del poder de Alexandre y la vergüenza de la traición de Mai a la causa patriótica. Las tartas de cumpleaños con crema de mantequilla trazan una frontera tangible entre ella y los niños del pueblo, en el que viven los culis y sus familias. Alexandre y Mai, sus padres, la niñera, el jardinero y las cocineras forman una muralla tan ceñida a su alrededor que nunca ha tenido ocasión de jugar con los hijos de los obreros. Pero el día en que los bandos enemigos deciden enfrentarse abiertamente, todos forman un único cuerpo de batalla. Las balas no hacen distinción entre el que seca el caucho con humo y la que recibe clases de piano. Quien arrastra un rollo de cien kilos de látex comprimido y quien ya sólo utiliza las manos para el amor reciben el mismo tratamiento antes de exhalar su último suspiro. Antes de la aparición de los drones, antes de los ataques a distancia, antes de que fuera posible matar sin ensuciarse los ojos ni las manos, el campo de batalla era probablemente el único lugar donde los humanos acababan por igualarse mientras se eliminaban unos a otros.

Así fue como los destinos de Alexandre y de Mai se unieron para siempre con los de los obreros caídos en el mismo lugar, los cuerpos de unos apilados sobre los de otros bajo los escombros y en medio del silencio del horror, en medio de la lluvia de chispas que atraviesa las hileras de árboles.

Refugiada entre la impenetrable caja fuerte convertida en escudo y un aparador con ruedas, la niñera pudo proteger a Tâm y se convirtió *de facto* en su madre.

TÂM Y LA NIÑERA

La niñera sacó a Tâm de su escondite en la primera tregua, en el momento en que el único ruido repetitivo que laceraba la hacienda bañada en luz era el de las aspas de los ventiladores. Corrieron juntas en dirección opuesta a la fábrica; su aliento seguía el ritmo de sus pasos, en medio del silencio de los pájaros, lejos de los cuerpos que se vaciaban de su identidad, de su sentido. El suelo, desnudo, ya no era una pista de baile para el sol y las hojas. El clima tropical se volvía cruel, sin filtro, sin piedad. Gracias a la generosidad de un niño que tiraba de su búfalo, de un soldado que iba conduciendo su todoterreno y de un hombre que transportaba vasijas vacías, al cabo de unas semanas llegaron al pueblo natal de la niñera. Tâm, con el rostro cubierto de polvo, conoció a su nuevo *hermano mayor* y a su nueva *abuela*. La suciedad del camino había oscurecido su cabello claro y sus ojos color caramelo, el viento había ajado las rosas rojas de su vestido. Su infancia, como una flor cortada, se había marchitado antes de eclosionar.

Tâm vivió tres años en My Lai. De la *abuela* aprendió a recoger los granos de arroz que caían de las balas de paja durante la trilla y el aventado. En My Lai, como en otros pueblos, eran muchos los abuelos que criaban a sus nietos. Por necesidad, los familiares apoyan al más capaz de conseguir el trabajo mejor pagado. Por deber, quien consigue ese trabajo cubre a su vez las necesidades de la familia. Por amor, los padres o las madres dejan a sus hijos para que ellos no los recuerden consolándose de la lluvia de insultos que reciben en la pocilga o en la casa, mientras recogen los añicos del cuenco que les han roto en la cabeza.

LA CRIADA Y ALEXANDRE

La criada de Alexandre había tenido que esperar más de dos décadas para acceder al puesto de niñera cuando nació Tâm. Era la única en haber atravesado las tempestades externas e internas, las tristezas sin fondo, los excesos sin razón de su amo. Sabía leer la preocupación en el ruido de sus tacones contra el suelo. Sólo ella sabía medir el peso de su nostalgia y su resistencia a echar raíces en Vietnam. Al principio él no se quitaba la chaqueta y se comportaba como un ingeniero ante sus predecesores de camisas entreabiertas, arrugadas y astrosas. Se obligaba a sentarse derecho en la silla para no irse de la lengua, como sus compatriotas. A diferencia de los propietarios entrados en años, al principio hundía sus manos en la tierra roja para olerla al mismo tiempo que los indígenas. Sin embargo, a un ritmo lento y pernicioso, su cuerpo empezó a imitar el de sus semejantes. Inconscientemente, fue dejando poco a poco que su mano se abatiera sobre las nuca rígidas de los culis, a los que regañaba por el descenso en la producción, en lugar de examinar las raíces envenenadas de los árboles. Convertido en un viejo guerrero curtido por los monzones, las incertidumbres financieras y la desilusión, cada vez se parecía más a los demás propietarios.

La niñera había entrado a su servicio a los quince años; era una niña madre separada de su hijo. Al principio fue la criada de la criada de la criada jefe. Era la última en comer los restos de las comidas, a pesar de ser ella la que había desplumado el pollo, limpiado las escamas del pescado, picado la carne de cerdo con cuchillo... El día en que se marchó su superiora inmediata, heredó la tarea de ocuparse de la habitación de Alexandre, es decir, el cometido de velar por el descanso de su amo sin hacerse notar. Sólo con examinar los pliegues de la sábana era capaz de

decir cuáles eran los días en que las preocupaciones habían inmovilizado a Alexandre en el borde de la cama, sentado con la cabeza entre las manos. Por la presencia de cabellos color ébano y por los lugares en que éstos se encontraban, casi podía describir la coreografía del juego amoroso. Los años que había pasado a la sombra de Alexandre le habían servido para conocer y hacer suya la lógica que éste seguía para esconder una parte de sus ahorros. Se había convertido en la guardiana del gran libro vacío de páginas, pero lleno de fajos de billetes y de anillos de oro ensartados en una cadena también de oro de veinticuatro quilates. A diario echaba un vistazo a la tapa dura para borrar las huellas de los dedos de Alexandre. De ese modo sería difícil que los ladrones distinguiesen ese volumen de los demás en la estantería. Era la sombra que seguía la sombra de Alexandre: su ángel guardián.

LA NIÑERA Y TÂM

Gracias a la llegada de Tâm, la sirvienta convertida en niñera pudo hacer de madre y recuperar las sonrisas que se había perdido con su hijo, al que había dejado en My Lai, en casa de su madre. A partir de ese momento, los empleados la llamaron *Chị Vú*, es decir, «hermana mayor pecho». Las mujeres ricas a veces contrataban a una joven madre para que amamantara a sus bebés, con el fin de que no se les estropease el pecho. La lengua vietnamita es tremendamente púdica, pero la palabra *pecho* se dice sin vacilación ni incomodidad porque los pechos están desprovistos de todo erotismo en este contexto. Puesto que las amas alquilaban los pechos de las mujeres *Chị Vu*, se permitían tratarlas como si fuesen objetos y exigían que alimentasen sólo a sus hijos, de forma exclusiva. Arriesgándose a represalias y despidos, algunas *Chị Vú* intentaban visitar a su prole a la caída de la noche. La mayor parte de ellas se encariñaban con el rorro al que amamantaban porque el suyo, el bebé al que habían dado a luz, vivía a cincuenta, cien o quinientos kilómetros de ellas. Las amas cedían su privilegio maternal en nombre de la belleza sin sospechar que sus hijos sentirían más apego a la fragancia del sudor de su *Chị Vú* que al de esas aguas de colonia importadas con las que se rociaban la piel.

La niñera no le dio el pecho a Tâm. La crio corriendo tras ella cuchara en mano, transformando las comidas en el alborozo de dos amigas que jugaban al escondite.

TÂM Y EL INSTITUTO

En My Lai la niñera de Tâm la llevaba en bicicleta pedaleando decenas de kilómetros para que pudiera seguir sus clases de piano. Prefería remendarse el pantalón docenas de veces antes que abrir el libro lleno de anillos y plata que las había acompañado en su huida. Durante el día animaba a Tâm a tomar asiento en el pupitre del colegio; por la noche la protegía de las miradas curiosas acostándola entre ella y la abuela.

Con el fin de respetar la voluntad de Alexandre y de Mai, la niñera de Tâm buscó la ayuda de los profesores de la región para cumplimentar los formularios necesarios de modo que Tâm pudiera presentarse al examen de acceso a la escuela más prestigiosa de Saigón. El instituto Gia Long había sobrevivido a las mudanzas, a las ocupaciones y a la metamorfosis de su misión sin perder su buen nombre. Tras su fundación a comienzos del siglo XX, momento en que recibió el nombre de Colegio de muchachas indígenas, el centro exigía el uso del francés, salvo durante las dos horas semanales de clase de literatura vietnamita. Al cabo de unas décadas se introdujo la enseñanza en lengua vietnamita y pronto llegó el inglés. Cada año se admitía sólo al diez por ciento de las miles de muchachas llegadas de todas partes para presentarse al examen. La prueba atraía a las mejores porque las diplomadas podían convertirse en grandes esposas y, accidentalmente, en mujeres comprometidas, es decir, en revolucionarias.

La niñera opinaba que Tâm debía abandonar My Lai por la ciudad de Saigón, que podría ofrecerle todas las oportunidades, a diferencia del pueblo, que la obligaba a doblar el espinazo y a encorvar los hombros para que las palabras de las malas lenguas salieran volando.

La víspera de su largo periplo en autobús, la niñera pasó toda la noche en vela para ahuyentar a los mosquitos y refrescar a Tâm moviendo con

mucha suavidad el abanico por encima de su espalda; cuando la jovencita se despertó, la esperaba un *bánh mì* con salchichón de cerdo, pepino y cilantro. También había preparado bolas de arroz glutinoso con cacahuetes frescos, envueltas en hojas de banano, y había empaquetado unas jibias secas para dárselas en Saigón al gerente del albergue, un antiguo obrero de la plantación.

La calle del instituto estaba abarrotada de madres, de tías, de mujeres. Durante los dos días de exámenes, la niñera no paró de desgranar con obsesión las cuentas de su rosario entre los dedos. Era evidente que ni Dios ni Buda podían responder a las plegarias de todas las personas que había en aquella acera, pues eran cientos de veces más numerosas que la cantidad de plazas disponibles. Así pues, la niñera decidió pedir la intercesión del alma de Mai, que debía de conocer las respuestas del examen, puesto que ella misma lo había superado.

Cuando el nombre de Tâm apareció publicado en la lista de alumnas admitidas, la niñera supo que el espíritu de Mai había velado por su hija.

FRANCIA

Se estableció en Vietnam mediante el cultivo de las tierras. Se halla tan arraigada que todos los vietnamitas usan al menos un centenar de palabras francesas sin ser conscientes de ello.

café (café): *cà phê*
gâteau (pastel): *ga-tô*
beurre (mantequilla): *bơ*
cyclo (ciclo, especie de bicitaxi): *xính lô*
pâté (paté): *pa-tê*
antenne (antena): *ăng-ten*
parabole (parábola): *parabôn*
gant (guante): *găng*
crème (crema): *kem / cà rem*
bille (canica): *bi*
bière (cerveza): *bia*
moteur (motor): *mô tơ*
chemise (camisa): *sơ mi*
dentelle (encaje): *đăng ten*
poupée (muñeca): *búp bê*
moto (moto): *mô tô*
compas (compás): *com pas*
équipe (equipo): *ê kíp*
Nöel (Navidades): *nô en*
scandale (escándalo): *xì cǎng đản*
guitare (guitarra): *ghi ta*

radio (radio): *ra dô*
taxi (taxi): *tắc xi*
galant (galante): *ga lăng*
chef (jefe): *sếp*

Cada una de estas palabras aporta algo a la vida cotidiana vietnamita. A cambio, los colonos franceses adquirieron vocablos vietnamitas. Las pronunciaron según los usos de su lengua y, en ocasiones, las revistieron de un segundo sentido. *Con gái* ya no significaba sólo «muchacha», sino también «prostituta». Sobre todo, prostituta. Solamente prostituta.

Alexandre nunca volvió a pronunciar la palabra *con gái* después del nacimiento de Tâm, aunque era una niña. Porque era su niña.

LA NIÑERA Y TÂM EN SAIGÓN

La niñera honró el amor entre Mai y Alexandre al mudarse a Saigón para cuidar de Tâm como una madre, en cuanto madre. Todos los días esperaba a Tâm después de clase con un vaso de zumo de hierbas lleno de cubitos de hielo. Creyendo que las vitaminas del *rau má* eran la razón de las excelentes notas de la muchacha, la gente la imitó. La niñera prefería aquella bebida al zumo de caña de azúcar por la palabra *má*, que significa «mamá». Quería que Tâm oyese pronunciar la palabra *má* en su vida cotidiana. Durante su primer año de instituto, se observó aquella rutina sin fallar ni un día. Los anillos de oro se vendían al ritmo de las necesidades, que iban desde el alquiler de un antiguo trastero de dos por cinco metros embutido entre dos edificios nuevos hasta la botella de tinta malva, pasando por la ropa interior y los cuatro pasadores que recogían el fino pelo durante las clases.

La niñera había cosido los anillos que le quedaban a los dos bolsillos doblemente disimulados de la camisa de algodón blanco que llevaba bajo otra blusa de manga larga y color vino descolorida por el sol. Protegida por su viejo sombrero cónico, se deslizaba por las calles entre los ladrones, los malhechores y los curiosos cual sombra sin alma ni historia. Sin ella, los lobos de la ciudad habrían devorado a Tâm de un solo bocado. Aunque la muchacha lucía el mismo uniforme blanco que sus compañeras, aunque llevaba el pelo recogido en dos trenzas, como la mayor parte de las alumnas de su edad, su cutis luminoso deslumbraba hasta a los ojos más saturados. Por suerte, los hombros bien derechos de Tâm ahuyentaban a la gente acostumbrada a la belleza tradicional, que recomienda la discreción de las mujeres. De época en época, los poetas celebran la gracilidad de los hombros hundidos. De moda en moda, los creadores de la túnica vietnamita

insisten en colocarle mangas raglán, ajustando las dos piezas de tela con una costura que va del cuello a la axila para evitar realzar la anchura de espaldas. Así pues, a los extranjeros les cuesta calcular la fuerza de los hombros que acarrear las pesadas pértigas que transportan tanto sopas como ladrillos para vender, eso por no hablar del vidrio y del metal de los obuses para reciclarlos.

Nadie habría sospechado que la niñera de Tâm levantaba cinco docenas de mazorcas de maíz en un cesto y un horno de carbón en el otro. Se las vendía a los transeúntes de dos formas: hervidas o tostadas, aderezadas con salsa de cebolla verde. Recorría el barrio durante las horas de clase, pero nunca después. Si no conseguía venderlo todo, regalaba los restos a los mendigos del barrio.

LA NIÑERA Y TÂM EN MY LAI

Durante unas vacaciones escolares, la niñera decidió volver a My Lai con Tâm para celebrar la llegada del primer bebé de su hijo y su nuera. Tâm optó por llevar de regalo dos conjuntos de camisetas y pantalones cortos a juego, y la niñera, un frasco de polvos de talco, un biberón, un sombrero y una pequeña cadena de oro con una fina placa. Nada más llegar, la niñera preparó con las vecinas un festín digno de un rey para celebrar el primer mes de su nieto, fiesta que marca el final de una etapa crítica para el recién nacido y su comienzo en la vida real. La niñera se quedó dormida, embriagada por el perfume de la piel del bebé, al que había pasado largo rato olisqueando. Tâm, como de costumbre, se acostó a su lado sobre la estera de la cama de bambú.

Normalmente la niñera se despertaba al alba. Dado que el día anterior había sido festivo, el cansancio la hizo permanecer en la cama hasta que los helicópteros sobrevolaron los campos de arroz como una tempestad de insectos. Los campesinos no temen a los soldados por sus granadas ni sus metralletas, sino por su imprevisibilidad. Pero como el pueblo estaba acostumbrado a las patrullas sorpresa, los vecinos siguieron tomando el desayuno, la amiga de la infancia de la niñera se marchó al mercado, el sabio recitó un poema en su hamaca y los niños corrieron hacia los soldados que llegaban a pie, con la esperanza de recibir bombones, lápices y caramelos. Nadie se esperaba que prendiesen fuego a las cabañas y disparasen con la misma alegría a las gallinas y los humanos.

El día anterior Tâm se había acostado siendo niña; al siguiente, se levantó sin familia. Pasó de las risas al silencio de los adultos de lenguas cortadas. En cuatro horas sus largas trenzas de chiquilla se deshicieron ante aquellos cráneos sin cuero cabelludo.

TAKE CARE OF THEM

Si le hubieran preguntado, la niñera habría preferido morir al mismo tiempo que la cerda y en lugar de su vecino para no ser testigo de la violación de sus hijas. Mientras suplica a los atacantes que no derriben la puerta del cuerpo de Tâm ni de su nuera y que no las acuchillen, como hacen sus compañeros de armas, ve con el rabillo del ojo que un soldado escondido tras las balas de paja se dispara en el pie. Sus compañeros creen que grita por la herida, pero ella sabe que ha gritado antes, mucho antes, con la cabeza oculta entre los muslos. La niñera pasa cuatro horas viendo cómo queman vivos a los campesinos en su escondite bajo tierra, cómo les amputan las orejas, cómo les acribillan el pecho. Ve a gente aterrorizada, sobrecogida, incrédula y también desafiante.

Está presente cuando un soldado recibe la orden de empujar a un pequeño grupo hacia el canal de irrigación que rodea los arrozales. El soldado cree que le están ordenando montar guardia: «*Take care of them*». En vista de que el tiempo transcurre con lentitud delante de todas esas personas desarmadas, el soldado se dirige a los niños: canta una cancioncilla, remeda los gestos que acompañan «Jack and Jill go up the hill», hace grandes globos con el chicle. Siente alivio por que le hayan encomendado esa tarea, porque el miedo de tener que destapar los escondrijos bajo tierra le había hecho orinarse encima. Nunca sabía cuánta gente podía estar esperándolo en aquellos agujeros de profundidad variable. ¿Un metro, dos metros, cinco metros? ¿Con o sin granada? ¿Con o sin cañas de bambú con la punta cubierta de orina y materia fecal dispuestas a atravesarle el cuerpo? A sus diecinueve años aún recuerda con claridad los momentos en que jugaba al escondite con sus hermanos y sus primos. Era de esos niños que se sobresaltaban tanto al descubrir el escondite de sus

amigos como cuando lo descubrían a él. Su padre habría estado orgulloso de verlo vigilar a sus enemigos, de rodillas y sentados sobre sus talones, a pesar de que no había vivido aún su primer amor. Por suerte, su padre nunca vería la imagen del soldado llorando ante su superior, que había regresado a chillarle la orden en plena cara: «*Take care of them!*». Así fue como cerró los ojos y vació el cargador de la metralleta.

Pasarán varios meses antes de que los políticos y los jueces le muestren la foto del bebé casi desnudo, atravesado boca abajo sobre la pila de cadáveres, como una cereza encima de un *sundae*.

-Me ordenaron que matase todo lo que se movía.

-¿A los civiles?

-Sí.

-¿A los viejos?

-Sí.

-¿A las mujeres?

-Sí, a las mujeres.

-¿A los bebés?

-A los bebés.

Responderá con naturalidad, sin necesidad de reflexionar. No es el único que puede ser duro como una piedra. El soldado que comentará la foto en la que aparece la niñera tiene los hombros cuadrados y la espalda crispada. Afirmará que les ahorró sufrimiento a la niñera, a su hijo, a su nieto y a su nuera al eliminarlos. Seguramente el fotógrafo recibió la orden de captar el instante en suspenso, con miras a futuros estudios sobre el comportamiento humano. Treinta segundos antes de una muerte no anunciada pero segura, cada uno reacciona de una manera distinta. Aquel día había varias opciones: que te quemasen, que te enterrasen vivo o que te mataran de un balazo.

De pie entre un árbol centenario y el objetivo del fotógrafo, la niñera muestra un rostro aterrorizado, como si ya estuviera viendo que la muerte se abalanzaba sobre ellos. El hijo abraza a su madre con todo el cuerpo, mientras que su joven esposa se aferra al niño al tiempo que se abrocha el último botón de la blusa. En la foto se ve el triángulo de piel que tiene justo encima del ombligo; su rostro, inclinado hacia abajo, con una mirada ensimismada, muestra una insólita calma; acaba de recogerse el pelo, y la

ropa está arrugada y cubierta de polvo. Mucho después el fotógrafo se preguntará si no sería el clic de su cámara el que desencadenó la descarga de metralleta del soldado. Con tono lento y comedido, el fotógrafo declarará que habían violado a la joven y que estaba vistiéndose cuando las balas la abatieron. Intentaba en vano apretar el corchete con los dedos mientras las piernas de su bebé tiraban hacia un lado de la blusa.

Cayó antes de que le diese tiempo a levantar la cabeza y mirar al objetivo.

TÂM SIN LA NIÑERA

A Tâm la empujaron por un barranco. No asistió a los últimos instantes de su niñera, del mismo modo en que no había visto morir a sus padres. Así pues, podía creer que estaban abrazados en la hamaca del jardín, cerca del macizo de buganvillas, y que nunca emergieron de las profundidades de su sueño amoroso para recibir la muerte.

Tâm imagina que su niñera ha conseguido escapar y que ahora vive con su nieto en un pueblo apartado en las montañas. Ese día creyó que la habían alcanzado los tiros del soldado, que acabó por comprender las órdenes de su superior. En realidad, se había desmayado al ver estallar la cabeza de un bebé atado al pecho de su madre con una tira de tela. Târn no podía sospechar que el soldado había disparado a aquella mujer pensando que transportaba armas en los cestos de su pértiga.

PUNTOS DE VISTA

Los estadounidenses hablan de *guerra de Vietnam*, y los vietnamitas, de *guerra estadounidense*. En esa diferencia reside quizás la causa de la guerra.

TÂM Y EL PILOTO EN MY LAI

Si Tâm hubiera sabido que un piloto de helicóptero repararía en ella mientras se apartaba de aquellos cuerpos inertes, no se habría movido. A diferencia del bebé al que mataron en la segunda salva de disparos por haber chillado, Tâm no necesitaba un pecho materno en la boca para callarse y hacerse la muerta. La sangre de los demás le corría por la oreja, cosa que le daba la impresión de que la protegía el infierno, ese lugar prohibido para los humanos. Pero no a todos se les concede la muerte.

El piloto vio los cabellos de Tâm ondulándole por la espalda de la misma manera que la cabellera de su hija Diane, a la que había dormido unos meses, unos días, unas horas antes.

El piloto vio la vida. El helicóptero descendió hasta Tâm para sacarla de entre los cadáveres inundados de luz. La levantó tirando de su blusa mojada, manchada de imágenes indelebles. Subió de nuevo, con ella colgando del brazo, en línea directa hacia el cielo.

El piloto le dio una oportunidad a la vida. Le dio una oportunidad a su propia vida, la que lo esperaba tras la guerra, tras My Lai, tras Tâm, cuando regresara con los suyos.

EL SOLDADO (O LA MÁQUINA DE GUERRA)

Cuando el soldado que mató a la niñera y a su familia volvió a la vida civil, contaba con idénticas dosis de entusiasmo y desapego cómo había sobrevivido a la trampa de las serpientes *de dos pasos*, cuyo veneno mataba al momento, y a la de la explosión de la granada atada a la bandera enemiga de la que había querido apoderarse, de recuerdo, cuando su batallón había tomado un pueblo. Exhibe la arrogancia de quien, durante el despliegue, ha caminado a escasos centímetros de la muerte, de ése a quien por pocos segundos no han pulverizado, de quien ha estado a punto de dar el último suspiro. Se casó y crio a su hijo con seguridad y desenvoltura hasta el día en que una bala perdida alcanzó la cabeza del niño mientras corría tras el perro. Desde entonces el exsoldado permanece inmóvil sobre el sofá catorce horas al día, y le tiembla el cuerpo entero a pesar de la medicación. Ya no se atreve a dormir porque al cerrar los ojos ve la imagen que tiene grabada del cuerpo de la mujer a la que abatió. Cuando cierra los ojos vuelve a vivir el pánico que experimentó ante la cabeza reventada del bebé, aún pegado al pecho de su madre. No guarda ningún recuerdo de las víctimas siguientes. Apuntó su M16 y luego disparó con los ojos abiertos con el fin de ahogar a sus dos primeras víctimas en un mar de muertes nuevas. Los había enterrado a todos, como a sí mismo, en alcohol hasta el día del funeral de su hijo.

Cuando el marco de la foto del niño cayó al suelo, el vidrio agrietado lo devolvió a aquel dique en el que se convirtió en un robot, en el que la máquina que llevaba en la cabeza se puso en funcionamiento, en el que una única palabra le rondaba la mente: *kill*. Se negó a que su mujer comprase un

marco nuevo. A partir del momento en el que se sentó en el sillón, al lado de la foto rota, empezó a envenenarse: engullía cada día una veintena de pastillas con la esperanza de marcharse de una vez al encuentro de su hijo y arrodillarse ante aquella mujer y su bebé vivos. El tiempo retrocedería, volvería a ser virgen y regresaría el origen del mundo.

Tâm puede describir con precisión la manera en que los soldados, arremangados hasta los codos, deslizaban el as de picas bajo la correa del casco y metían la pernera del pantalón en las botas. Por el contrario, no recuerda el rostro de ningún soldado. Quizá las máquinas de guerra no tienen rostro humano.

TÂM, EL PILOTO Y EL CIELO

En su recuerdo únicamente un soldado parecía humano. Tenía las mejillas carnosas y la piel suave. Cuando el piloto estadounidense la levantó por la blusa, Tâm tenía el cielo a la espalda. Aquella mano invisible la arrancó a una velocidad vertiginosa del baño de sangre, de sus compatriotas, de su historia. Durante el vuelo no sólo comprendió que estaba viva, sino que iba a tocar el cielo gracias a aquel soldado de mejillas tan sonrosadas como las de Alexandre, su padre.

TÂM Y LAS HERMANAS

No habría sabido decir en qué momento la llevaron a tierra y la confiaron a las hermanas enfermeras, aquellas mujeres fieles a su Dios y consagradas a los desarraigados.

Durante tres años Tâm creció entre sus brazos, en comunión con la risa fácil de los huérfanos, que tienen todo que ganar.

TÂM Y LA SEÑORA NAOMI

El 11 de julio de 1973 las hermanas le piden a Tâm que acompañe a un niño a Saigón para confiarlo a sus padres adoptivos. Aquel viaje, que no debía durar más de cuarenta y ocho horas, se prolonga a causa del retraso de los aviones y de unas nuevas estrategias militares. Tâm duerme haciendo la cucharita con el niño sobre el suelo del orfanato fundado por la señora Naomi en Saigón. Todos los días llegan bebés nuevos: por la puerta delantera, por la ventana lateral y por el callejón vecino; normalmente una vez caída la noche, pero también en pleno día, cuando el sudor enturbia las miradas. Su estancia se alarga una semana más. Sin un suspiro, sin pestañear siquiera, Tâm se pone manos a la obra y sumerge de inmediato las manos en el gran barreño de agua jabonosa lleno de pantaloncitos cortos y de cuadrados de tela que servían de pañales una vez doblados en triángulo. Sacude el polvo de las esteras y barre el suelo como hacía su niñera, desde el extremo hacia el centro.

Puesto que Tâm ha ido al instituto, está familiarizada con la densidad y el acelerado ajetreo de la metrópolis. Por eso la señora Naomi le encomienda la tarea de ir a buscar al vestíbulo de un hotel una caja de leche en polvo, donación de unos estadounidenses. Tâm no sabe que en esa ocasión se dispone a cruzar la puerta del *cuartel general de la CIA* y que, en el vestíbulo, unos hombres encorbatados intentan silenciar al piloto de mejillas sonrosadas.

EL PILOTO Y SU PATRIA

Cuando, tres años antes, el piloto había decidido asomarse por la puerta abierta para sacar a una adolescente de aquel barranco, se mostró dispuesto a abrir fuego sobre sus compañeros de armas o a que ellos lo abatiesen. La familia militar, primero, y, después, los compatriotas y dirigentes políticos de su país le reprocharon haber opuesto sus valores personales a la lealtad a la patria. Su gesto introdujo el bien en el mal y confundió la fuerza y la inocencia. Su imputación y las consiguientes discusiones y debates lo sumieron en un torbellino de ruido y oscuridad sin escapatoria.

Sin embargo, ahora, en el vestíbulo del hotel que utiliza la CIA, le llega el momento de gracia cuando ve el uniforme de Tâm, de un gris austero, idéntico al de las hermanas del orfanato, a excepción del cuello bordado.

EL PILOTO Y TÂM EN SAIGÓN

El piloto y Tâm no se reconocen. Pero sus miradas se cruzan. La atracción que siente por ella es tan fuerte que se atreve a abandonar la discusión con los hombres trajeados para ir a su encuentro. Queda con ella esa misma noche y, luego, al día siguiente y al otro.

La convence de que se quede en Saigón, de que lo espere en Saigón, de que lo ame en Saigón. La instala en un apartamento en el centro de la ciudad, cerca del mercado central Bến Thành, cerca del palacio presidencial, cerca de los hoteles, lejos del campo de batalla, lejos de él. El piloto y la muchacha vivieron tres días y tres noches de amor.

La primera noche el piloto soltó los cabellos de Tâm y le acarició la oreja izquierda. Vio el lóbulo que le faltaba, igual que el que se le cayó en la mano, medio arrancado, cuando apretó a la muchacha contra el helicóptero. Él se pasó toda la noche pidiéndole perdón, y ella, amándolo. Cuando clavó su mirada en la de Tâm, el conflicto que anidaba en su interior entre el hombre y el soldado se apaciguó. Por fin comprendió que había tenido razón al enfrentarse a la locura humana y haber conseguido preservar lo que quedaba de inocencia. Al tercer día el piloto tenía que regresar a la base. Volvería. Tâm lo esperó tres horas, tres días, tres años. Siguió esperándolo, pero ya sin contar las semanas, los meses, las décadas, pues los tres días con él habían sido eternidades, sus eternidades.

Uno de los miles de clubes nocturnos que habían brotado en la ciudad como champiñones reclutó rápidamente a Tâm. Al pie de su apartamento, el ruido de las manos cargadas de llaves que se alejan por el pasillo, el silencio de las corrientes de aire a su paso y las repetidas amenazas de desahucio la obligaron a acceder a alimentar con su carne a los hambrientos. De la boca de cada uno de los soldados que le reclaman gestos de cariño espera oír el

timbre de la voz del piloto. Cada vez que entrega su cuerpo se le para el corazón. Se mantiene con vida para seguir esperándolo, a pesar de que en algún lugar al otro lado del Pacífico, en San Diego, ya les han anunciado la muerte del piloto a su mujer y a su hija. A ella no le dicen que una rueda de avión lo aplastó accidentalmente. El peso del aparato destrozó su corazón, demasiado ebrio de amor para recordar la prudencia elemental. Falleció en el momento en que acababa de recobrar, por primera vez desde My Lai, el gusto de respirar a pleno pulmón.

TÂM Y LOS SOLDADOS EN SAIGÓN

Entre sus compañeros se decía que al piloto la muerte le había llegado con tanta rapidez que no tuvo tiempo de borrarle la sonrisa.

Tâm no sabe nada. En su soledad acoge las insinuaciones de soldados llenos de heridas invisibles pero perceptibles al tacto en la penumbra, como las algas fluorescentes en las olas marinas, que sólo se ven una vez caída la noche. Los miedos y las angustias de aquellos hombres calman los suyos; el peso de sus cuerpos oprimidos libera el suyo. Algunos se prendan de Tâm, de su inglés salpicado de palabras francesas y teñido de acento vietnamita. Agazapados contra ella, sueñan con un día a día normal y corriente, con la posibilidad de una vida cotidiana con ella en Austin, en Cedar Rapids, en Trenton... Cada vez que desvelan sus sueños, ella asiente posando la mano sobre sus mejillas antes de dejarlos marchar de nuevo a la espesura de la jungla, llena de miscantos gigantes, de hierbas que cortan como cuchillas en un follaje sembrado de trampas de la guerrilla vietnamita, que se abalanzan sobre ellos con dientes de hierro y garras de acero.

R&R

El Ejército concede a los soldados cinco días de descanso a partir de su tercer mes de servicio. Éstos pueden elegir entre una larga lista de destinos por orden de preferencia. Los enamorados normalmente optan por Hawái, para encontrarse allí con su dulce novia estadounidense. Los aficionados a los productos electrónicos y las cámaras de fotos vuelan en dirección a Japón y a Taiwán. Hong Kong y Singapur atraen a los que quieren enriquecer su guardarropa antes de volver a casa. Australia es el destino preferido porque allí hay mujeres que, con una lengua común y rostros familiares, los felicitan como si fuesen héroes.

También pueden elegir quedarse en Vietnam, visitar las playas de Vung Tau o sumergirse en el torbellino ensordecedor de Saigón. Da igual en qué parte del país aterricen: un equipo los acoge para ponerlos en guardia contra las trampas que los aguardan en los bares, pues sus superiores saben de antemano que la mayor parte de los soldados pasarán todo su permiso en los brazos experimentados de mujeres que conocen mejor que ellos mismos sus fantasmas, sus demonios y sus necesidades. Pero, dado que cuentan con un tiempo limitado, el único alivio posible, el único que pueden ofrecerles, es el alcohol y los falsos gestos de amor, como en las películas. Los soldados regresan a la jungla colmados, ya que ellas han respondido exactamente a sus expectativas. Poco a poco, el concepto de R&R, acrónimo de *rest and recreation*, se precisó para convertirse en *rape and run* o *rape and ruin*. También se acuñaron otros acrónimos igual de realistas, como A&A, *ass and alcohol*; I&I, *intercourse and intoxication*, y P&P, para *pussy and popcorn*.

A su regreso a la base, el Ejército proporciona medicamentos para tratar a quienes traen recuerdos indeseables entre las piernas. Pero no ha previsto

intervención alguna para suprimir las semillas que se han sembrado en el interior de los cuerpos de esas mujeres. Por eso algunas poblaciones asiáticas por lo demás homogéneas, como la de Vietnam del Sur, se diversifican gracias a unos niños de pelo claro o rizado, de ojos redondos y de largas pestañas, de piel oscura o con pecas, casi siempre sin padre y a menudo sin madre.